

125



SI LO  
SEI NO  
ME LEVANTO

GUIÓN DE  
KOMIK

35  
PTAS.

REPÚBLICA AUTÓNOMA DE  
MADRID  
SERVICIO DE  
VENTAS



*a oscarrosa,  
que nacerá este mes.*



¿ Me las aguantas un momento?

Los ojos treparon por el periódico y salieron de él para quedar pasmados frente a las finas y delicadas puntillas de unas coquetonas braguitas. Pendían entre dos pinzas de frágiles dedos e immaculadas uñas escarlatas. De allí rebotaron hasta un sofisticado rostro femenino.

—¿ Me las aguantas un momento?

Atónito —pelo caoba garçon— dobló la paz entre Huescar y Dinamarca —pendientes de plata— y la dejó —rimmel— con el resto del periódico —ojos castaños— sobre la mesa —maquillaje— junto al vaso —pintalabios— casi tirándolo —bragas. Las cogió con cuidado —vestido ceñido negro— acariciándolas —medias de seda— hasta que el tacto suave y evocador —tácón alto— logró hipnotizarlo —pezones erectos: las olió con romántica fruición, cerrando los ojos.

El universo se le apareció en los párpados, matizado por perfumes y sensaciones. Se perdió entre deseos, armando y adjetivando eróticas parábolas en una vorágine de cosquilleos. De repente, cayendo al mundo, se sintió incómodo y confesó su vergüenza mirando alrededor. Los dedos de la mujer, bailando, se despeñan de él desde la ventanilla de un taxi.

Sin abrocharse la americana, urgente, las bragas apretujadas, sorteó un laberinto de charlas y cafés con leche, iniciando la persecución. Luego, frenando ya en la calzada, antes de que la corbata, alterada por la carrera, recuperase su posición habitual, su mano cautivo a un taxista que le ofreció la puerta trasera de su automóvil.

—Siga a ese taxi.

El hombre, cara redonda y chamarreta azul, escondió el libre y bajó bandera. Miró por el espejo retrovisor, puso la primera y arrancó, calmo. El otro taxi ponía el intermitente a la izquierda.



- Es importante - informó Estiarte mientras dejaba resbalar un billete verde sobre el asiento delantero

Juan Carlos Estiarte Garcés: 28 años, ingeniero, metro ochenta y dos, cuerpo atlético, moreno, ojos claros, voz grave, considerable fortuna familiar.



La mano del hombre evitó que el billete se acomodara en el asiento, metiéndolo en el bolsillo. Esta vez comprendió. El coche se encabritó y despegó tocando el claxon.

- No hace falta que se enteren todos - gritó Estiarte por encima del alboroto.

El claxon calló y chirriaron las ruedas al girar. Los pezones iban una travesía y media por delante. El taxista se saltó un semáforo, la distancia se acortaba visiblemente.

- No corre - el taxista parecía defraudado con una misión tan fácil - ¿Lo adelantó?.

- No, sígalo.

En el semáforo siguiente hubiera conseguido ponerse detrás de no ser por un 127 beige que se coló en el último momento. El taxista lo insultó, pitándole, el otro hizo caso omiso.

Estiarte, a través de varios parabrisas, veía el pelo y un trozo de cuello de la mujer. Su mano, maquinalmente, acariciaba las bragas en el bolsillo. Las sacó para estudiarlas con asombro incrédulo, reconstruyendo - cintura fina, rouge, broche - el espectacular cuerpo que tan insólita custodia le había encomendado. De paso anali-



zaba porqués. Por qué a él, por qué las bragas, por qué huía, por qué la seguía.

Al arrancar el coche abandonó el análisis para asistir a la persecución. El 127 se fue por la izquierda y su mirada se posó, golosa, en la nuca de la mujer. Aunque ella no miraba atrás, parecía saberle allí y llevarlo a algún sitio. El deseo le brotó como un ramillete en la mano de un mago. Se imaginó bajando la cremallera, apartando el vestido, creando una espalda perfecta.

La dureza del miembro le molestaba, el pantalón le hacía daño, su mente acariciaba las pezones, los turgentes pechos, el vientre, el triángulo perfecto, húmedo, incógnito.

El primer taxi, poniendo el intermitente después de frenar, giró a la derecha.

— ¡Que gira! — Estiarte se incorporó súbitamente hasta el asiento delantero y se ensanchó el cuello de la camisa con el dedo.

Unos cien metros después pararon. La mujer bajó del coche y entró en un portal, ella siguió. Junto a la puerta, bajo un fluorescente, un cartelón: KOMIC BAR. Una



puerta interior, de marco negro y cristal opaco, se abalanzó con brusquedad tras la mujer. De pronto se amortiguó, cerrándose con suavidad. La empujó y entró. Había un tabique amarillo con arcadas.

Las mesas no tenían patas y las paredes eran de tela, pero Estiarte no llegó a descubrirlo: se entretuvo en el sorprendente hallazgo de un fuerte golpe en la cabeza que lo condujo a una fulminante inconsciencia.

Se desplomó sin aparatosidad, acomodándose en el suelo con las manos por debajo del rostro, como si hubiera estado previsto y ensayado con antelación. Un hombrón rómulo y pálido lo cogió por la americana levantándolo sin esfuerzo aparente.

— Listo, brillo.



Se dirigía aun tipo que fumaba un puro medio sentado en una mesa, con un zapato puntiagudo colgando de una pernera gris; cejas juntas, americana cruzada, raya en medio y abundante brillantina. Se levantó rectificando una flor en la solapa.

—Hasta la vista, Pepe —se despidió del barman que respondió con el pulgar y un guiño.

Salieron con la mujer. El hombrón llevaba a Estiarte en volandas y lo arrojó al interior de un mercedes viejo matricula de Tenerife. Entraron deprisa, la mujer delante y el hombrón y Grillo detrás, uno a cada lado del secuestrado. Al volante un tipo menudo y fibroso, con sombrero, que arranco enseguida.

—Al almacén, Pequeño —le ordenó Grillo.

Fué la antesala de un silencio espeso que se adueñó del coche. Estiarte, desconociéndolo, columpiaba la cabeza al compás irre-



gular del acelerador. Los demás buscaban miradas acusadoras en las aceras.

Cuando les pareció que Estiarte despertaba, lo noquearon de nuevo. Cayó sobre el asiento como si estuviera rato.

Se dirigieron a la Barceloneta. Allí anduvieron por varias callejuelas hasta llegar a un callejón ciego con un portón de madera. Era un almacén de chatarra con una caseta y un cobertizo de vralita. Cerraron el portón para evitar sorpresas y metieron el coche bajo el cobertizo, junto a un 1500 negro. La mujer fue la primera en bajar.

—Cambiadlo mientras llamo al viejo.

Grillo encendió un puro observando como los otros dos maniataban y amordazaban a Estiarte, lo enfundaban en un saco de dormir y lo tiraban como un fardo al maletero del 1500. El hombrón se limpiaba las manos con un pañuelo.

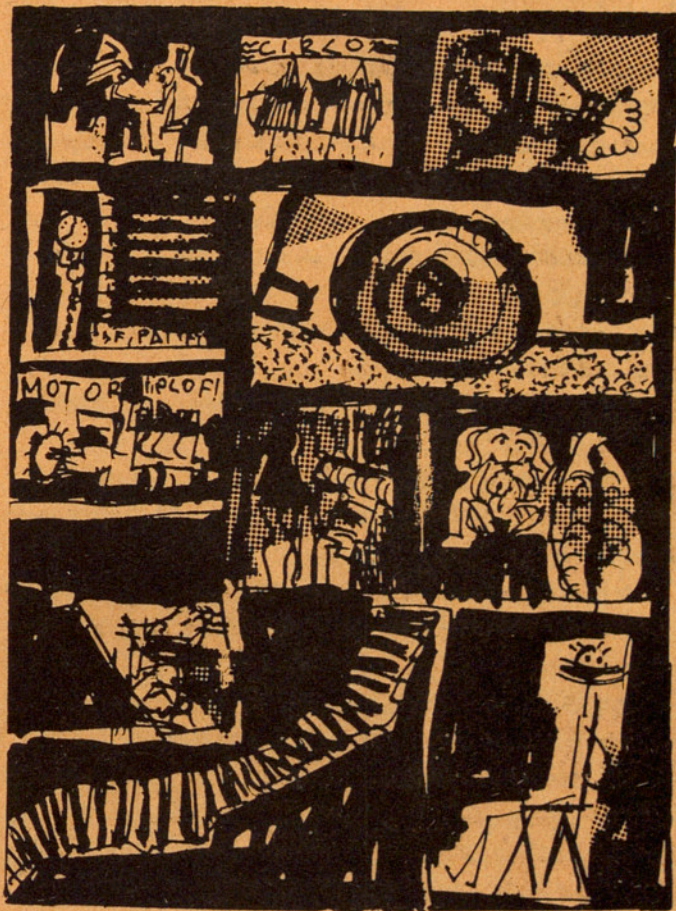
—Listo, Grillo.

Cuando la mujer reapareció todo estaba a punto. Cambiaron de coche y se marcharon. "Nos espera" les hizo saber. Dos gatos olisqueaban el mercedes.



Estiarte recobró el conocimiento en la sacudida de una curva. Pronto descifró que circulaban por una ciudad y un megáfono anunciando un circo le informó de que era Barcelona o sus alrededores. Esto lo tranquilizó hasta que comprendió que era absurdo tranquilizarse por eso. Forcejeó con las ataduras. Tampoco consiguió humedecerse la boca. Se sentía cansado, dolorido.

Calculó una media hora desde que despertó hasta que oyó el chirrido de una verja metálica. Reconoció el ruido de la gravilla bajo las ruedas y rebotando en el chasis. Tras un giro a la derecha el piso recobró el silencio, supuso un jardín y un garaje. El motor paró y bajaron del auto, la llave entró en la cerradura y sintió un escalofrío. "Abre coño" oyó antes de que una linterna lo buscara para deslumbrarlo. Lo sacaron del saco, le metieron una capucha y, a trompicones, lo obligaron a andar. Tropezó con dos peldaños. Después tuvo que girar un par de veces antes de que lo sentaran en una silla, atándolo por





pecho y piernas. Al sacarle la capucha lo cegaron con un potente foco. No podía ver que estaban en una habitación vacía, él y sus tres secuestradores masculinos. Faltaba la mujer.

Se acercaban risas y una voz de silbidos refinados.

—Excelente el truco de las bragas, querida Paula

"¡Paula!" pensó Estiarte como un descubrimiento.

—Tenía que haber visto la cara que puso. Y después se las restregó por la nariz. Le hubiera gustado verlo.

—Me conformaré con ver la cara que pone ahora —reflexionó el hombre, con batín de seda.

Estiarte intentaba recordar o descubrir algo que le hiciera comprender.

El hombre del batín fumaba en boquilla y tenía papada. Llevaba a Paula del brazo que apoyaba en la barriga. Filosofaba. Detrás iban dos gorilas.

—La paciencia es una virtud, querida Paula, que siempre se ve recompensada. Paciencia y constancia, he aquí una receta para gourmets del éxito.

—Buenas noches, Don Augusto.

Por la espalda de Grillo amanecía sobre fondo blanco la presencia de Estiarte. Don Augusto, al verlo, se puso rígido, soltó a la mujer y se arrancó, asombrado, la boquilla de la boca. Su mirada avasallaba al hombre atado en la silla, balbuceaba peros.







Dió media vuelta furibunda que pilló desprevenido al batín. Con un dedo hipnotizó a un gorila llevándolo hasta la puerta. Cuchichearon hasta que el gorila desapareció corriendo. Don Augusto, de regreso, desprendió la ceniza con el meñique y regaló una amplia sonrisa a los presentes.

—Antes de charlar con este caballero me gustaría, querida Paula, conocer más detalles de su brillante captura. Cuéntame si te fue difícil localizarlo, como lo descubriste, por qué lo reconociste — cada frase la acompañaba con una pirveta de la boquilla — cuéntamelo todo.

Detuvo la sonrisa frente al rostro de la mujer, demasiado cerca para ser agradable. Paula, inquieta, trasladó la mirada al interior del bolso, del que extrajo un cigarrillo.

—Ya fumarás después, querida.

El tono sumamente dulce de la frase la vistió de amenaza. Paula soltó el cigarrillo.

—Esta mañana me llamó el Francés y me dijo que usted

Don Augusto la interrumpió gesticulando.

—¡No, no, no!. Todo esto ya lo sé. ¡Cómo lo localizaste!, yo sólo quiero saber cómo lo descubriste, en qué te basaste.

Paula no podía disimular su nerviosismo.

—Cuando llegué... Al llegar, bueno, llegué y lo vi enseguida, en la primera mesa, leyendo el periódico.

—¿Qué periódico? —intercaló la sonrisa de Don Augusto.

En aquel momento entraron varios hombres armados que empujaron a Grillo y los otros dos contra la pared y empezaron a cachearlos.

—¿Qué periódico, Paula?

Paula no sabía dónde mirar, ni qué hacer con las manos. Pero, de imprevisto, a-



doptó un aire digno y ofreció una mirada atenta al rostro de Don Augusto. Se dispuso a contestar pero le falló la voz.

—La, La Vanguardia —murmuró.

El hombrón se resistía a ser cacheado.

—¿Me permites?

Don Augusto tomó el bolso de Paula y se lo lanzó a uno de sus hombres. Chasqueó los dedos para llamar la atención del gorila.

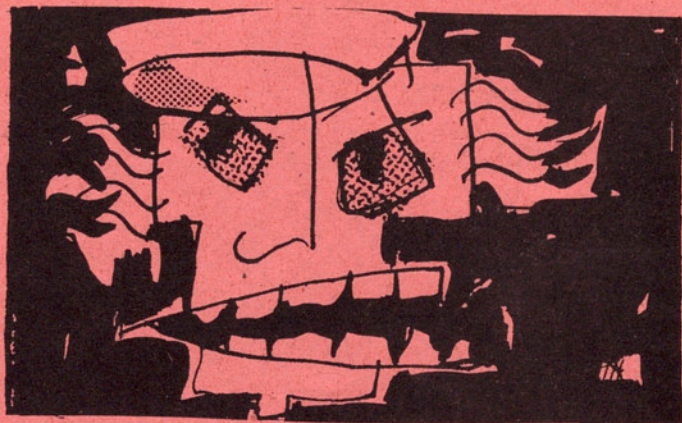
—Cálmalo, Mario.

Mario sacó una automática de la sobaquera y la montó frente al hombrón. Los que intentaban reducirlo se apartaron y quedó solo ante la pistola.

—¡No! —los ojos se le salían de las órbitas cuando tres disparos le abrieron el estómago. Se derrumbó lentamente, con las manos en la barriga, sorprendido.

—Yo no dije La Vanguardia.

El silencio que prologó Don Augusto cayó como un alud pesado y frío. Paula lloraba mordiéndose los labios. Estiarte, aterrorizado, apenas era capaz de coordinar lo que pasaba. Nadie se movía.



La mujer estalló en lágrimas y comenzó a zangrear a Don Augusto, suplicándole.

—Por favor, deme otra oportunidad por favor no volveré a fallar por favor por favor.

La abofeteó una sola vez, de abajo a arriba, de revés. Paula se inmovilizó, sorbiendo e hipando. Un tipo se la llevó a un rincón a punta de pistola. Ella, indo lente, miraba el arma sin verla.

—Bueno, ahora vamos a ocuparnos de nuestro ilustre desconocido.

Don Augusto colocaba un nuevo ciga-



rrillo en la boquilla. Mientras lo encendía se acercó a Estiarte. Alguien le apartó el foco de la cara. Párpadeaba.

— En primer lugar le pido que acepte mis excusas — Estiarte intentaba hablar pero, con la mordaza, sólo emitía un gemido — No sé quién es ni cómo se llama usted. Debido a un lamentable error, que no volverá a repetirse, se ha visto abocado a esta situación, deplorable para todos. Le ruego que intente comprender mi manera de actuar. A veces, en un mundo como el mío es necesario tomar decisiones desagradables. Comer o ser comido, créame. Y si he llegado donde estoy se debe, se lo aseguro, a haber tomado siempre las máximas precauciones para no tener enemigos, al menos vivos. No puedo correr ningún riesgo. Así pues, le presento de nuevo mis excusas y le aseguro que Mario procurará que todo esto sea lo menos molesto posible para usted. Créame que lo siento de veras, pero no hay otro remedio.

Estiarte, desgañitándose sin poder hablar, notó la boca fría de la pistola en la cabeza antes de morir. Un solo disparo. Sangre, cerebro y astillas de hueso ensuciaron la mano de Mario y salpicaron la pared.

Don Augusto, antes de irse, se dirigió a Grillo y le palmeó la espalda

— Buenas noches, Grillo.

A Pequeño no le dijo nada. Se fue mientras un tipo inexcusable preparaba la metralleta.

— Espero — dijo desde el umbral — que tratareis a nuestra querida Paula como es debido. Buenas noches.

Cerró la puerta antes de oír la ráfaga.

FIN

(continuará)





PRESENTADO Y PINTADO EN *kómic bar*.  
BARCELONA, ABRIL 1982.

TEXTO: *jordi gasch*. PLÁSTICA: *tranis*.  
EDITADO POR *usquam*.